

beracion y aluedrio, y todo mi bien en su disposicion. Pues tiene vniuersal dominio en este inferior mundo que da habitacion a los mortales.

Lyd.—Mira, señor, que hablas fuera del lenguaje de la fe, que afirma (como es ansi) ser Dios principio y causa y gouierno de todo lo causado, inferior y superior.

Flor.—Dime, Lydorio, tú no sabes que en el disponer de las cosas subjectas al criador, que es Dios, y a las celestes influencias, que ay causa primaria y general, que es Dios, y causas secundarias? y no sabes que a estas que llamamos secundas causas, con darles Dios poder de influir sus qualidades en lo elementado, tambien a las veces les dexa el gouierno de algunos particulares efectos: para que despues del concurso general de Dios estas segundas causas se puedan llamar principio o causa en algun comuesto?

Lyd.—Sé bien que, segun philosophia, algunas vezes causas segundas producen algun compuesto, pero con tanto que el tal ser dependa del de la primera causa, que es Dios, como parece al sentido que la reuolucion del sol y planetas y elementos produze la alegria de los campos en la seca tierra, trayendo el verano. Pero todo esto y otros efectos que haze la influencia del sol lo dispone aquel primer principio que todo lo crió con la palabra. Pero esto a qué fin: para pronar tú, señor, que vna muger, que en género de criatura es menos perfecta que tú, te pueda ser causa de vida ni alegria, ni las demas qualidades o accidentes que en ti pueden causar las celestes influencias, que como segundas causas te disponen a lo que Dios te quiere inclinar y ordenar de ti? Ansi que no sé cómo puedes dar a tu señora poder de algun efecto causal.

Flor.—Aunque auia otras cosas que resultan de tu departir, a que te podia responder, reprouando tu hablar, en ser (si fuesse como dizes) menos perfecta mi señora o no, porque sé que el tú dezillo fue solo yerro de lengua, callando en esto, passo a lo que de principal dudas cómo sea mi señora la que despues de Dios disponga en mí su querer. Ya sabes que en quanto mi sér sea deuado de Dios, del qual no menos emana mi señora, que ansi entramos (aunque en gran desigualdad) tenemos respecto a Dios como primera causa y hazedor. Pero yo, que conozco que todo quanto en mí puso Dios lo puso con obligacion y debaxo de condicion que fuesse gouernado por mi señora, ansi por no faltar de la ley natural como del querer de Dios que en mí quiso esto, quiero, y amo, y desseo, y adoro a Belisea.

Lyd.—Ay, por Dios, señor, que te moderes en tal desenfrenamiento de hablar: pues basta ser ella muger y tú ser hombre.

Flor.—E aun como hombre y tan buen entendimiento y ley como tú me dizes, conozco bien lo que affirmo ser ansi. Porque ni tú en ello para me incusar tienes razon, ni yo excusable excusa, sino confieso que consiste mi felicidad en la memoria de Belisea. Ansi es, y ansi lo affirmo, y ansi lo confieso. Agora di contra mí todo lo que te pluguiere, pues me conoces ya bien firme en la fe de mi señora. Y aun más te digo, que si el sér de hombre dize perfection (como tú dixiste), que en ninguno la ay tal ni tanta como en mi señora, que para mayor manifestacion del poder de Dios, que puede poner las perfecciones donde quiere, y como le plazze, por particular priuilegio fue hecha muger y en ella asentó el criador sus perfecciones, y la comunicacion de las mias y el retracto de las del orbe.

Lyd.—A la fe, señor, guialo como te plazze: pero la necesidad haze conocer quién sea el varon para tener ánimo generoso, y en esto muy al descubierto discrepa el varon de la hembra. Porque en tener buen dezir, buena muestra, dorados meneos, en presteza de lengua, en viuieza de juicio para de repente, mayormente para mal; en pensar insultos, en inuentar trayciones, en hablar maldades, en descubrir sotilezas de engaños, en forjar mentiras, en hazer embaucamientos, en querer abominaciones, en cometer insultos, en tractar adulterios, en dessear homicidios, en amar crueldades, en tener soberuias, en affection de glotonias, en sin freno en luxurias, en caminar por extremos, en querer siempre la suya en pie, si me dizes que en estas y otras tales consiste el ánimo y fuerça o perfection del ser varon, pocos varones ay tanto como ellas, si a lo menos no en el ser natural, en el ser vicioso.

Flor.—Anda, que esas vniuersales siempre admiten algun excepto. Y aun tambien como la perfection de que tú dizes ser dotado el varon ha de ser de género de virtudes. Y vemos comunmente auer más bondad moral en las mugeres, quanto más que algunas van en la cumbre en esto; y ansi lo está mi señora Belisea en todo atributo de bondad.

Lyd.—Bien te confieso, señor, que a lo comun las mugeres son más deuotas, más rezadoras, más estacioneras, más molles de coraçon para en quien se imprima la piedad, y de entrañas más compassibles y tiernas para con los affigidos, y más sermoneras, y finalmente más ductiles para ser persuadidas a deuocion y a la virtud exterior. Pero esto las que no lo hazen de fingido hazerlo porque Dios y naturaleza las hizo subjectas, y a los hombres más libres. Pero ansi como son blandas para la impression del bien, ansi son tambien más flexibles al mal. E la que cae de veras y al des-

cubie[r]to, más daño haze que vn hombre; por la inclinacion que puso Dios y naturaleza para la amar, y amandola seguilla, y siguiendola imitarla. E tornando a mi intento sin dezir de ninguna en especial, hallarás muchas veces grandes maldades e insultos e embustes debaxo de las largas y honestas tocas y faldas. E ansi dize el vulgar: que grandes males encubren faldas. Porque si las miran a defuera yendo parecen vnas senadoras, çon gran grauedad de cuerpo y con gran terneza de pies, y descaymiento de piernas: que parece que han menester cuentos para se tener como casa vieja, y ver las heys con vna grauedad y serenidad de rostro, que no ay que pedir más ni que poder tachar. Pero tengan lugar y tiempo y libertad y ocasion (o si no, ellas las buscan) que alli os digo yo que no ay (en su posibilidad) gamo por collados, ni hardica por montes, ni conejo hasta el viuar, ni pega de rama en rama, ni rebeço de peña en peña, que ansi se desembueluan. Y aun si ay arboleda o frutales, que no ay mona tan trepadora, ni oruga tan destruydora. Pues a los hombres que las han de sustentar son tan costosas, que si las quieren complazer, todo el tiempo se yrá en daca el verdugado, la saboyana, la vasquiña, la mantillina, el volante, la toca, la gorguera, la crespina; finalmente, no ay más que decir, pues no se acabará de escriuiar (sic) lo que ellas jamas acaban de imaginar e inuentar e vsar y engañar. Pues si miras en ello como curioso, verás que con los verdugados cubren quiebras y defectos del cuerpo, y con sus lagrimas someras dissimulan y encubren males de la voluntad, y falsias de ánimo deliberado: que contra los que más muestran amor suelen tener en el pecho. Y porque no me digas que hablo de coro y que las infamo por mi cabeça, no acotando qué digan los que las conocieron y qué vieron de ellas los que las trataron, mira en lo primero al sabio Salomon, que tanto las amó y tanto daño le vino por ellas, lo que de ellas dize en sus escrituras, quando se le offresce hablar de mugeres. Lee al Mantuano en vna egloga; mira al Petrarcha; escucha al Ouidio, y atiende al Juuenal, y finalmente quantos sabios Gentiles, Judios, Christianos, Moros, Paganos, offresciendoseles en sus escritos materia en que hablar de mugeres, afanan y se desuelan en cómo auisar a los leyentes que se guarden de sus conuersaciones. Porque si os han menester, se os muestran muy humildes, muy halagueras, muy amorosas, muy ductiles, muy affables, muy conuersables, muy subjectas y muy temedoras de enojaros. Pero si salen con su facto y tienen la suya en hito, viendo la vuestra discayda, luego tornan muy altiuas, muy çahareñas, muy mandonas, muy mal sufridas, muy señoras, muy sacudidas, muy esquiuas; fi-

nalmente, si os sienten molleja, luego piensan comerlos. E si os les subjectays vn poco, vos les days el dedo, y ellas toman la mano en todo y por todo, porque os quieren dar a entender que las ayays menester. Pues hablando de lo que refieren de ellas los escriuientes, qué vieron de hechos muy atroces y feos! mira cuán canina fue a todo el humano linage la golosina y soberuia de la mujer primera del mundo! Pues quién por cobdicia de oro hiziera lo que Tarpeya, en dar el Capitolio Romano a los enemigos? en género de luxuria torpe, quién hiziera lo que Pasiphae ni Minerua? quién perpetrara lo que Scylla, hija de Lizo (!) en matar a su padre? Pues quién se atreuiera a lo que Judit, ni a lo que Jael, puesto que lo aprueua la escritura sacra? y si no fuese fastio recopilar males agenos, seria no acabar de contar cosas atroces y feos hechos de audacissimas mugeres. Pero concluyendo mi plática prolixa a su breue intento, digo que atiendas que en te affectionar a vna muger has de mirar que tú eres hombre y criado para mandar, y ella es muger y criada para seruir.

Flor.—Ya no puedo sufrir ni oir las blasphemias que tu dañada y canina intencion declara por tu lengua contra las mugeres, por sólo dañar a la que yo tengo por angel en forma de muger, a la qual amo, y adoro, y estimo, y temo reuerencialmente.

Pol.—O hi de puta el diablo, y cómo ha entretexido alta y compendiosamente muchas cosas Lydorio a un fin! pero quiero oir qué dirá Floriano, que está hecho vn ciego de amor.

Lyd.—Pues que por aqui empeora y se pone más obstinado y dize más errores, quiero, tomando de dos males el menor, hablalle en cosas de amor.

Flor.—Qué dizes del amor?

Lyd.—A la fe, do el coraçon, ay las mientes, Señor, no digo sino que he oido hablar a muchos y escriuir a muchos contra las mugeres; los quales dexando sus dichos y mirando sus hechos, veo que se perdieron vnos y otros fueron puestos del lodo por su amor. Y espántome cómo auisando sabiamente a otros, ciegameamente yuan ellos cayendo.

Flor.—E aun yo huelgo que tú te vayas leuantando de tu tesonia, y mires cuán grande sea el poder del amor.

Lyd.—Dizen los que le discantan que tiene poder sobre todo hombre, y aun sobre todo el hombre.

Flor.—Los que lo dizen ansi, en lo primero hablaron como sabios y en lo segundo escriuieron como experimentados. Porque el que es tocado del tal poderio, ninguna potencia tiene que

(!) sic, por «Niso».

no sea más del amor que no del propio cuyas son las tales potencias: porque está de sí mismo ajeno.

Lyd.—Vna cosa tengo por aueriguada, y es, que el libre aluedrio del hombre no admite subjection sino á Dios. Y así tengo por difícil que vna buena apariencia de vna muger baste a priuar a vn libre hombre de su propia libertad, en la qual Dios, aun de ordinario poderio, vemos que no quiere meter la mano. A muchos lo he oydo y en muchos lo he leído, y en ti, señor, veo esto, y no puedo persuadirme a que no aya otra cosa que al hombre fuerce más que el amor, en quanto solo amor.

Flor.—Bien muestra la desemboltura de tu lengua no auer sido tocado tu corazón de su flecha. Porque si supieses del poder del amor, sabrias que contra él ni ay letras, ni astucias, ni fuerças, ni artes, ni cosa que estoruar pueda su querer.

Lyd.—Oydo he que todas las cosas vença y subjecte a su poder toda viuiente criatura elemental. Pero como los dichos remueuan menos que los exemplos, referome todavia en creer lo que veo. Porque si vn hombre tiene cuenta de tornar por la honra de su nobleza y libertad con que fue del criador adornado, que no caera al primer tras pie, si no quiere enfermar su propia voluntad.

Flor.—O, Lydorio y cuánta suavidad trae el hablar de la guerra en la quietud de la paz, que donde interuiene el amor ni ay honra, ni fama, ni libertad, ni antojo, ni parescer proprio, ni negar, ni conceder, ni odio, ni amistad, ni muerte, ni pérdida de la vida que se le anteponga para que no haga lo que quiere y nosotros no le obedezcamos. De manera que te digo, que si fueses suyo como eres agora tuyo, verias cómo del tu dezir al su hazer ay mucho, y verias que vno es dar documentos estando sano al que está doliente para que sane, y otro es poder y saber se aprovechar de ellos mismos en el mismo menester puesto.

Lyd.—Oydo he, señor, discantar, y a muchos discantar del poderio del amor, pero en nadie le he hallado con tantas fuerças como contigo.

Flor.—Bien creo yo, Lydorio, que esos que escriuiendo lo discantauan y diffinian como maestros, que aun no deuieron entrar en su escuela del amor como discipulos; quiero dezir, que tractan del amor como letrados e ignorante como experimentados. E así dizen que no ay más sabio cirujano que el bien acuchillado. E así digo que el que no fuere tocado de su dorada flecha mal sabra conocer la fuerça que el amor haga en las voluntades, y cómo enagena toda libertad y mude todo humano querer, y ocupe todo el entendimiento.

Lyd.—Holgaria saber de plática algo de su poderio para ver si me podré persuadir a tenerle por tan poderoso y brauo como le pintan, aunque deue ser la pintura del leon: que quanto más fiero le pintan parece mejor leon.

Flor.—Puesto que te falten principios en esto, que quieres saber ya como maestro, pues no eres tocado de su rabia, pero lo que del amor yo te puedo declarar, por tu contentamiento y mi deleyte en tractar en él, es que aquesto que en nosotros los amantes llamamos amor no es otra cosa sino vn familiar y secreto enemigo. Es vna rabia, de la qual todo humano entendimiento tocado, se trastoca y desencasa de su proprio ser y querer y libertad. Por cuya razon, siendo el hombre el mesmo, dexa de ser el que era antes de ser herido de tal poder. Es vna commixtura de males contrarios que para más presto fenecer la vida, guian contra el corazón, y allí parando, tiene fin la tal muerte. Es vn poder que fuerça las potencias del alma y captiua la voluntad, y desarrayga la libertad del libre aluedrio. Es vn sello de muerte impresso en el ánima; vna muerte que, sin quitarnos el viuir, haze nuestra vida vn continuo desfallecimiento; vn tan enricado enredamiento, que el más sabio no se sabe dél desenredar. Es vn cossario robador de todo plazer; vn amigo cuya amistad es muy desseada y muy prejudicial; vn confaccionado veneno de cosas delectables; vna suave delectacion a la vista y vn sobrado trabajo al entendimiento; vn embaydor que nos muestra las cosas al contrario de lo que son; vn astuto tahir, con quien mientras más jugamos más desseamos y más perdemos; vn ladrón casero; vn amado enemigo; vna voluntariosa subjection, que sin quererle nosotros dexar nos subjecta; vn flechero acertado que tiene por blanco nuestro corazón y heriendole lo dexa hecho ceniza; vn tan poderoso, que quiere y puede juntamente, por cuya causa annúmerandole vno de los sus dioses, le dauan poder sobre todos ellos.

Lyd.—Y aun así creo yo que como esos fingian dioses sin lo ser, así él deue tener más ser en atributo que en existencia, ni potencia, si no fuere imaginada; porque al fin ni él es tan artero que si no queremos nos engañe, ni él es cosa actual ni corporea.

Flor.—O Lydorio! que ni ay quien se le absconda ni defienda, porque es vn sagaz negociante, que se sabe a su saluo hazer toscos con los toscos, con los encerrados habita, a los solitarios no olvida, a los fuertes se muestra poderoso y con los abatidos se acompaña. Finalmente, es tan vniuersal para todo lo que quiere, que se sabe hazer todo con todos, para todo lo tener. A nadie desdeña, desde el pastor en su aprisquero y cabaña, que se acompaña

con solo su hato y caramillo, al tal caça, y dél passa al emperador. Así que todo lo tiene, y todo lo comunica, y todo lo prende, y a nadie perdona, y a ninguno concede ventaja. Varía la forma, así que aun a los irracionales no da desuio; pero con toda sensible criatura tracta de su poder, sin dexar aun las moradas de los peces en las profundas aguas.

Pol.—O, qué bien discantado ha el poderio del amor; cuán bien gastado es el tiempo con tal entendimiento de hombre.

Lyd.—Por mucho tengo su poder; pero por más estimo no ser conocido de los que le tractan, porque quien obra tan en contradiccion, vna vez que otra no puede dexar de ser conocido su engaño.

Flor.—Para esso, quién te podra contar los diferentes estilos que tiene en hazer sus hechos? qué ayrado se muestra con los humildes? cuán halaguero, cuán soportador de injurias con quien le resiste? qué ligero cuando quiere? qué graue quando es menester? qué fuerte quando siente que le temen? qué franco promctedor hasta auer prendado, y qué anariento despues quando le piden? Vnos le hallan piadoso, otros cruel; vnos manso, otros seuero; vnos muy comunicable, otros muy çahareño. Qué rhetorico, qué sabio, qué enbaydor? y con todo esto, es querido, y seguido, y reuerenciado, y estimado, y loado de todos, y desseado del vniuerso?

Lyd.—Dessearle han hallar los que a sí dessearen perder; buscarle han los que a sí no se hallaren, y ganarle ha el que fuere perdido.

Flor.—Qué dizes de perdido?

Lyd.—Digo que harto es perdido el que, hallandole, con consocelle no le pierde.

Flor.—O, Lydorio, cómo hablas de talanquera! no ay medio para alcançar sus extremos. Porque si lo desseays hallar ayrado para resistirle y tomar ocasion de le dexar, entonces le vereys muy subjecto y muy halaguero hasta que os pesca. Pero despues torna tan altiuo, tan enojoso, tan coxquilloso, que perdemos de nuestra justicia, por no perder su amistad. Finalmente, es tan amigable su conuersacion, que quando más pena nos da a los que le seguimos, entonces es de nos más amado y codiciado. Y quando viuimos sin la continua muerte los que le seguimos, entonces nos juzgamos por más muertos. Y quando más nos hallamos de muerte heridos, nos hallamos con vida vana gloriosa.

Lyd.—De manera que concluyes, señor, que no tiene el amor más ser de quanto le da el que le sustenta; y así no aurá que temer el hombre de ser derrocado de su libertad de libre aluedrio.

Flor.—Mas quiero perdiendo de mi justicia callar que respondiendole no te acabar de satisfacer. Que pues tan casto estás en tu firme liber-

ORÍGENES DE LA NOVELA.—III.—12

tad, ruega a Dios por buenos temporales, y no digas desta agua no beuere. Porque si te tocara tal rabia, al cabo de tu libre vencimiento te dare la corona de la victoria, y el pregon público de alabança; aunque me temo que si te vieres como yo, que harás como los muchos.

Pol.—Y aun quizá entrará tarde y prenderá ayna; porque si el amor viene a braços con él, o él caera como otros hombres más fuertes que no él, o él será angel entre los hombres.

Lyd.—Ni quiero, señor, justificarme en lo que dizes, ni condenarme: porque como libre de razon sé lo que deuria hazer; pero no sé lo que haria por no perder mi libertad, aunque más hiziesse el amor, si Dios fuesse de mi valia.

Flor.—Al fin tú hablas de la feria como te ha ydo en ella, y tractas del amor como hombre olvidado dél. Y pues yo no le puedo negar subjection, llamame a Polytes: darle he esta carta, de la qual no te doy parte por ver tu poco gusto en lo que yo me como las manos y aun las entrañas de goloso tras ello.

Lyd.—Del no me dar cuenta más me hazes merced: pues en ello no te sé ni puedo servir, y voy a llamar al paje. A, Polytes! entra dentro, y ruegote que mires los pasos que andas, porque se traen las veneras segun do son las romerias, y mira que por nueuo al mundo, aun no sabes quejar donde te duele.

Pol.—Señor, todo lo entiendo y te lo agradezco: pero al fin cada qual a de salvarse por su justicia, y salir por sus cauales como las ánimas del purgatorio, que ni ando caminos que ya no anduieron, por quien puedo guiando auisar, y si cayere, quien me da el empellon al caer me dara la mano al levantar. E ya que no, el caer de otros muchos consolará mi daño, y con tanto entro.

Flor.—A, Polytes, qué oluido tienes de la promessa!

Pol.—Mas aguarda a entrar llamado a sazón, que no por oluido de lo que tengo en memoria, y muy de voluntad.

Flor.—Pues toma esta carta, y por no detenerte no te doy auisos.

Pol.—El buen desseo de servirte me auisará; yo traere respuesta.

Flor.—Para mucho serias. Pero vete luego y lleva contigo los moços que quisieres.

Pol.—Señor, como mi buen negociar consista más en buena diligencia y dicha que en fuerças, mejor ire solo secreto que acompañado público.

Flor.—Pues no te detengas: sigue como te plazze, y auisa que me den cenar.

Pol.—Señor, esso está a punto: voy me de tu mandado.

Ful.—A, hermano, vas perdido? dónde a tal hora, y mudado el vestido?

Pol.—A un negocio.

Ful.—Creo que yrás a los parrales del morisco; pues guarde del mastin.

Pol.—Hallado has el goloso de vuas tan caras; y aun yo hallé el adiuino.

Ful.—Todavía no puedo acabar con el amor que te tengo de dexarte yr solo; en especial si vas a la puerta del campo; que en tales estaciones siempre hallarás algun mal encuentro a tales horas.

Pol.—Agora te digo que lo acabaste de adobar; como si me viesses yr mucho a tales pasos y faltasen por acá mugeres?

Ful.—Aya argen, que en cada calle hallarás cobro; pero asegurame dónde vas, porque veas si has menester mi persona, pues te quiero para mas de vn día.

Pol.—Pues yo me quiero para más de diez; pero voy por mandado de Floriano, y aun mandóme que te lleuasse conmigo.

Ful.—Pues escusaste te de ello por mostrar conardía en mi?

Pol.—No por cierto, pero dixele que iria mejor solo que sin ruido.

Ful.—E aun acertaste en no me llevar, si no ha de auer sangre, como yendo yo no faltara, y vete con Dios, pues que ansi cumple.

Pol.—A Dios quedas hasta la buelta.

Ful.—Siquiera bueluas como el trigo que passa en Asturias, que no sabe retorno; pero o, hi de puta y qué necio buen comedimiento el mio, y aun él si lo acceptara, y qué neciamente lo hiziera él en pensar que yo hablaba de veras, e yo mucho más en hazerlo, aunque lo mandaran siete Florianos. Aunque al fin como tuene el sí fingido, si le viera que lo acceptaba, tuiera el no dissimulado. E con tanto me subo arriba, que ya llenan el manjar: quiza se me pegará algo con que más medre que con la yda con estotro. Que dudo yo si él de allá buelue sino en lengua de quien diga que queda muerto. Y contento pues que yua él, quiero afufar, no se arrepienta y buelua por mí: pero sería ya escusado, y tampoco lo hará: porque se pica de gallillo loquillo, que le hierue la sangre, que aun nunca espada agena le ha sacado: Dios le guie, allá se auenga, y a nos no oluide acá.

ARGUMENTO DE LA SCENA VI

Polytes lleva la carta, passa grandes pláticas con Justina: da el collar; lleva respuesta de Belisea a la carta de Floriano. Polytes da cuenta de sus passiones propias a Justina, queda muy en su gracia y danse palabras de casamiento.

POLITES, JUSTINA, BELISEA.

[*Pol.*]—Agora que voy en mi cabo quiero preuenir con el entendimiento los passos desta jornada; porque segun el delicado sentimiento

de Belisea, y lo que de ella este dia pude collegir en sus palabras sangrientas, no está en más mi vida de antojar se le a ella que no ando en passos de su seruicio, ni le busco su honra, ni tracto de su ganancia. Porque estas señoras y donzellas muy recogidas, la honra las suele tornar tan timidas y sospechosas, que en lo que a ellas se les assienta vna vez, tarde salen de tal scrupulo, y con tal alteracion, la pulga les paresce toro. Pues si mis passos y tramas salen en luz, descreo de la vida si al mejor librar sobre justo vel injusto mientras saben cuyo soy, y mientras conocen que soy pariente de Floriano, y de mientras acude Floriano por su honra y mi fauor, si no me atacan las calças de color con algun jubon incarnado bordado de la tigneria y respuntado por algun gurra, pues guardaos Dios, de hecho es, que no me lo quitará Floriano. No en balde dizen: que estando con el conde, no mates al hombre: ni en huzia del fauor, no seas malhechor: porque quien adelante no mira, atras se halla. Pues querer yo librar a Floriano tan a mi costa, es boueria; porque por otro tengo yo y deuo poner lo que él pondra por mí: y por Floriano perder yo o arriscar lo que perdido me podria él restaurar, justo era; pero la vida ni la honra mala suelda tienen: peor es que vidrio: que al fin quedan las pegaduras a mejor librar. Pues pensar que me hiede ya el viuir quando aun apenas comienço, no es razon. E tambien yo sé que por librarme no dara Floriano muchos passos, aunque yo doy hartos por él y con assaz peligro de la persona. E oy en dia siempre en los palacios quieren los señores los criados sanos, bulliciosos, atreuidos, trabajadores, callados y no pedidores. Pero si tantico afloxays con el trabajo, o mostrays cansancio de la carga, al punto no vale el criado nada. Y junto con esto paganle los seruicios atrasados con vna desgracia presente, y aun a las veces con embiarle ⁽¹⁾ al hospital, si no tiene de proprio heredado y confia en lo ganado. E si por auentura por sus buenos y muchos seruicios passados la razon les calla la lengua en el despedirle, tambien la ingratitud les ata las manos en el darle, y les tulle la memoria en el acordarse dél para acorrerle. Por manera que de las ningunas mercedes, tome él causa para se yr. Y ansi no le dizen que se vaya, mas hazenle obras con que él se commida: y ellos huelgan de tomar ocasion para escusar su ingratitud, diciendo que él se fue. Ansi que, mancaos en su seruicio, que no faltará quien eche menos vuestro trabajo, aunque no aya quien mire en hazeros algun beneficio. Pero yo qué digo? con quién lo he? yo no voy solo? quién me hizo a mí tan timido en el daño que o será o no? Yo mesmo

(1) En el original, por errata, *embiale*.

me paresce que llamo al desastre, pues lo lloro ya por presente. A la burla, que mientras el hombre hallare donde poner los pies, siempre yr adelante: que si cayere, buscar el remedio, y en tanto holgar, pues Dios sabe lo que será: que los males si han de venir, no se escusan: en tanto tomar plazer, que el pesar el verná sin buscallo. E aun quiza que primero que venga, o morira (dizen) la burra o quien la tañe. E la obligacion que yo más que ninguno de casa tengo a Floriano y su liberalidad es razon que quite mi tibieza. Y lo que más me deue animar es la buena esperança que tengo de auer a Justina, y de ambas partes me viene la ganancia al ojo. La muchacha es como vn oro, y su señora la ama; ansi que si cuajassen estas cosas, todos podriamos ganar y gozar. Porque con el gozo de entrambos, crescer les ya la franqueza en el dar, y a nosotros en el recibir la medra: porque a rio buuelto, ganancia de pescadores. A la puerta estoy, y no sé qué camino tome; gran temor me rodea; quán cierto es acompañar el temor al mal hazer! pero si ello ha de ser para seruirse Dios, él me encaminará, pues muchas vezes de malos amores salen sanctos matrimonios. E aun agora va Dios delante, porque ay combidados de cena en casa de Lucendo, que gran tauahola passa. Entro, encomendando me al nieto de santa Anna, que entre muchos no sere yo echado de ver. Ea, Polytes, si quieres honra y prouecho, cata que a los osados ayuda la fortuna, y el que no auentura no passa mar, ni aun se toman truchas a bragas enxutas. Quiero buscar algun paje que me llame a Justina; dire me ser su pariente: que basta que lo seamos de parte de Adam. Pero, o, qué buena ventura la mia, que allí la veo por so el corredor a vna reja de los entresuelos baxos, y aun creo que me ha visto y conocido con la clara luna que reuerbera del patio acá en lo abscondido de sombra. Allá voy, que me llama.

Just.—Hola paje, a, gentil hombre! con perdón del atreimiento, dadme vn guante que se me cayó en el suelo.

Pol.—Poco es daros vuestro guante quien os tiene dado su coraçon.

Just.—Ay, mala landre me mate si no es el paje de Floriano; quiero escusar me con ser obscuro, para mejor y más sueltamente hablarle, pues él es bien razonado, y haré que no le conozco. Ay Jesus, y quién soys, que tan suelto hablays, sin saber con quién?

Pol.—Más sin medida es vuestra crueldad contra quien por conocer os no conoce a sí mesmo.

Just.—No siento quién soys, ni si me cumple sabello, ni sé qué responder a tales pláticas.

Pol.—Vuestra hermosura me tiene tal para-

do, que no es mucho no sepa yo deziros quién soy, ni vos desconocerme: porque por vos mil vezes me hallo ser muerto, y sin jamas despedir la vida, siempre ando a los braços con la muerte.

Just.—Ay, valas me Dios, y si soys algun cuerpo fantastico?

Bel.—Qué hazes ay, di?

Just.—O, qué buen salteamiento! oye, oye maravillas de aquel mi requebrado, que a caso llegó aqui.

Bel.—Mas quién es?

Just.—El paje de Floriano, de la carta de ayer del jardin.

Bel.—Ay ay, quita te acá; vamos que ya cenan los combidados.

Just.—Por tu vida que oyas si buscas plazer: y oye, que llama, no sienta que estás tú aqui.

Pol.—A, mi señora, no quereys el guante?

Just.—Ya le quisiera en la mano, y aun a vos absente, pues no me dezis quién soys.

Pol.—Tomad, señora, vuestro guante, y perdonad que os le doy en la punta del espada, pues quedé tan baxo de cuerpo quanto en merito ante vos.

Just.—E cómo puedo saber vuestro merito sin conocer vuestra persona?

Pol.—Soy el que tiene puesta su vida en vuestras manos.

Just.—Ay, que no miraua en ello; pues deuo de ser medico, o sy no, cómo dezis que estays enfermo y está en mis manos vuestra vida?

Pol.—Verdaderamente con solo vuestro querer me podeys quitar del todo la vida y tornar me la a restituír; pues vos sola bastays a hazer mouimiento en todas mis potencias y sola podeys dar remedio a mi mal.

Just.—Qué te paresce, mi señora, si me puedo loar de tal requebrado?

Bel.—Digo que bien sabe encarescer su pena.

Just.—Pues espera te, que yo le hare desbastar más. Dezid, galan, conoceys me por ventura? o cómo me veys con las tinieblas de la noche?

Pol.—Porque la claridad de vos procediente tiene lumbroso el circunstante ayre donde yo ando.

Just.—Lo que entiendo de lo que dezis es que deueys de tener ojos de mochuelo, que veen de noche.

Pol.—Como yo siempre ande en la noche del penar, y en la obscuridad de mi tormento; como a vos os contemplo en mi memoria, y os hallo en mi craçon, por la passion que por vos padescer, viendootos, pues, en tal manera no puedo sino veros en la noche; porque quanto más os contemplo, más por vuestro amor soy puesto en obscuro tormento.

Just.—Como no os entiendo, no sé qué responder a esso, mas de que, pues sin más me conocer os mostrays tan penado por mí, que no me marauillo que así engañeys a las no auisadas y recatadas mugeres con vuestras lástimas, que los hombres decorays para las dezir, dentro de las quales va como anzuelo en ceño abscondida su perdición.

Pol.—Tanto yo, mi señora Justina, os conosco, quanto por vos, olvidando a mí, no sé cómo llamarme, sino vuestro; ni quiero sin vuestro conocimiento conocer me a mí.

Just.—Ya, ya. Jesus, Jesus, y qué ciega he estado en este punto; porque en la desemboltura del hablarme te viera de auer conocido. Pero y qué mandas a tal hora donde a caso te vi, cosa no acostumbrada?

Pol.—Quería hablarte, señora, sin pregon, y también traygo vna carta.

Just.—Pues no tengo de quién me recele, bien puedes hablarme, porque el que anda sin malicia (dizen) que anda sin temor. Así que para quién o cuya es? que no nos oye nadie.

Pol.—Señora, perdoname el declararme más en cosa que a otro toca, y si no me has entendido, entiende que las paredes snelen oyr; mayormente de noche, donde la vista no anteuene la distancia del sonido de la voz.

Just.—Ea, mi señora, dameliciencia para que entre por esta portezuela del entresuelo, aquí tan solo en esta sala.

Bel.—Anda, dexame, que ni ya puedo oyr las vaziedades de aquel sandio, ni a ti te querria tan golosa de tal habla. Pero porque no acabaremos oy contigo, y también porque quiero auisar a esse paje que no aborrezca su jauen-tud con tales venidas, anda, abrele.

Just.—A, gentil hombre, tocad a essa portezuela, que la dexó vn paje en denantes sólo apretada, que salió por ay, y tornando la, pasito a apretar, subid. E tú, mi señora, esfuerçate a forçarte en hablarle y responderle, pues ya oyste que te trae carta.

Bel.—Mucho deroga a su bondad la honesta muger en admitir mensajes semejantes, como quiera que vengan, y no menos abre puerta a su perdición en parar se a dar respuestas. Porque en estas cosas lo mejor es tapar los oydos, y baxar los ojos, y tapiar la lengua, y huyr el cuerpo. Porque así como el fuego de vna morceña en otra se atisa y sube llama, así no menos de vn mirar toman ocasion de hazeros señas, y de atendelles las señas en hablaros, y de oyrlas las sus hablas, vienen por ventura a ser abrasada la hembra y él enloquecido.

Just.—Anda, señora, que al fin, aunque oya y él sea atreuido, la hembra con dura respuesta despide la importuna peticion y el duro aduersario amansa las furias.

Bel.—Bien dizes, cierra essa ventana y descubre aquella vela porque nos veamos.

Pol.—Dios prospere vuestra magnifica gentileza y prosperidad de estado.

Bel.—Vengas, paje, en buen hora: y porque de ley de mensajero no merescas pena, aunque no te limpias de la culpa, quiero acortar razones contigo. Yo sé que me traes carta, y aunque me viera de escarmentar tu mensaje e inocencia de raposo en lo passado, pero por ver que nunca acabarás, quiero concluir tus mensajes no buenos. Da la carta a essa donzella, que yo ni la tomaré, ni la leere, y espera luego por la respuesta. E tú, Justina, alumbrame a este retretillo: y darasme alguna huelga con ver que hago lo que tú quieres. Agora por contentarte, me lee essa carta, que de mi prouecho ni bien yo sé que vendra desnuda.

Just.—E calla ya, mi señora, que ni tú eres ya vieja para no holgar y passar semejantes palacios, quedando entero tu señorío, y bondad sana, y honra sin quiebra, y honestidad limpia. Cata que estos y otros tales suelen ser los seraos de las damas, que rien y mofan de los galanes de corte; pero por esso son tenidas algo en menos? E tú mira que ni has de ser monja, pues no querra tu padre perder su heredera de mayorazgo. E dado que lo fueses, aun no te extrañarías tanto si no fuesse a más no poder, como passa entre las que se conocen para ello. Y dexando estas razones, te leo la carta, que trae buena letra.

CARTA DE FLORIANO A SU SEÑORA

Es ya tan intolerable mi tormento, que con dolorosos sospiros que el mi tan penado vuestro coraçon os embia, y con penosos alaridos y grandes vertientes de lagrimas, que lançan de sí los ojos por mandado del triste coraçon, las duras y secas piedras insensibles tienen ya blandas, y las indomitas irracionales fieras tienen inclinadas a mansedumbre y llenas de piedad y dolorosas de compassion de la poca que yo tengo de mí mismo por vos mi señora. Empero con todo esto, como el gran estado de vuestro merecimiento mora tan en la cumbre, y mi baxeza y poco merescer me tiene a mí tan submergido en el profundo, no alcançan las voces de mis alaridos, ni las muestras de mis dolores a subir al audiencia de vuestra misericordia. Porque de otra suerte, bien sé que oyendome vuestra nobleza, en oyrme os despertaria a benignidad: y sabiendo vos tan gran daño no sufriria vuestra generosidad no remediarme; y esto solo alcançaria para mí en vos vuestra bondad, sin tener atencion en mis atreuimientos, viendome tan perseverante en pedir os fauores con la gran fe que en amar os tengo. E pues las passadas

peticiones no tuvieron audiencia, merezca esta con más algun fauor. No porque agora me piense ser más ante vos, pero porque en el merito de la tolerancia de la pena me juzgará el amor por martyr vuestro. E porque vuestra misericordia se vea tan al claro como vuestra hermosura, de aquí confío en vos que, respondiendome, me mandareys vn sí de que o vna para más penar, y en ello más os seruir, o vn no al mi viuir, para que se concluya la passion de este que se osa firmar por vuestro, *Floriano*.

Bel.—Parece te, Justina, que a vn tan público aduersador de mi honra y honestidad, que le deuo de oyr ya más? Dame, dame tinta y papel, y salte fuera: que no quiero que se me pase la ira, para con ella le dar su merecida respuesta.

Just.—Aquí todo a punto. Y mira, mi señora, que la passion es vn género de embriaguez que ciega las potencias. Y el ciego aun lleuando guia, no va bien seguro por llano que sea y trillado el camino. E no te digo mas: y salgo-me hasta que llames a esta sala.

Bel.—Pon cobro allá fuera, y mira que no vean esse paje, y no entre acá nadie hasta que yo salga.

Just.—En todo tendre cuydado. Allá quedaras: que agora de Dios me ha venido este rato que lo hauremos Polytes e yo: y vere qué tiene tras el buen razonar.

Pol.—O, qué gran merced ha sido ésta en no me dexar sin tu presencia en estos oscuros palacios.

Just.—Pues agora que ay candela, no te congoxarás. Pero dime, en mucho tienes esto que hago por tí?

Pol.—Por gran parte de mi gloria.

Just.—Anda, que plaziendo a Dios y andando el tiempo, más hare y más podré, pues mucho más tú merescas.

Pol.—O, qué alegría me ha puesto tal esperanza! porque tu valor y mi baxeza quebrauan las alas de mis altos pensamientos, para esperar de tí algun fauor.

Just.—Anda, señor, como sea amor no ha de estar ocioso en que no obre algo el que ama por el que es amado. E pues por tu bondad yo te amo de vn amor limpio y casto y seguro, no puedo no te seruir y hazer todo plazer: con tanto me di cómo le va a Floriano? y dime si está ya con más esperanza de sus deseos?

Pol.—Toda su esperanza tiene él en tí, e yo toda mi gloria.

Just.—Pues por mi salud que puedes tú dezir lo que te pagares; pero que me es él bien en cargo, aunque más lo es a tí; porque por ser tú el tercero, soy yo acá de continuo su abogada.

Pol.—Pues por la solicitud tuya, para primera vista del processo, te embia mi señor este

collar de oro, no de poco precio, ni menos galano; y embiate a dezir por mí que le perdones, que para más dias le tienes, y a mí para siempre por tuyo. E por tal te pido essas manos, y licencia para ponerte le por mi mano al cuello.

Just.—Al señor Floriano daras mis copiosas regracias de agradescimiento por tan magnifica merced. E tú tampoco te atreuas con mi soledad y buen amor a ser descomedido.

Pol.—Perdoname, que miraua cómo parecés vna reyna.

Just.—Sí que bien, pues que te encomiendas para alcançar perdon?

Pol.—Aquí me pongo de rodillas hasta que me perdones, y me des essas tus manos por mi señora.

Just.—Algo es bouo el moço; estamos a solas y pone se en cortesias?

Pol.—Qué dizes, vida mia?

Just.—Que no hagas esses extremos tan sobrados y te sientes luego en tu silla.

Pol.—No quiero desobedescerte.

Just.—Pues menos me deues de destocar. Cata, amigo, que andas por quedarte solo. Mira que te quiero bien, y tú no tienes razon ni ocasion de enojarme, ni lo aciertas, y descubrirte así tan al primer golpe, no viendo en mí por qué.

Pol.—De enojarte me guarde Dios. Cata me aquí hecho vn cordero.

Just.—Mucho necio ha comido el mancebo, que luego me cree que digo que me enojo. Y él creo que piensa que le tengo yo de dezir que se desembuelua!

Pol.—Qué dizes, mi vida? que temo enojarte, y tu hermosura me engolosina a ello.

Just.—Pues está quedo ya, y baste, que aunque mi hermosura dizes que te dé licencia, mi honestidad te vieda tales atreuimientos, quando no ouiesse muy descubiertas ocasiones en mí.

Pol.—Señora, esta ha sido la fruta de palacio, y las señales de tenerte yo en obligacion por señora, y en amor perpetuo por esposa; pues que en tal vinculo o a tí o a ninguna dare el sí.

Just.—Pues yo a tí no menos. Y pues tal ha querido Dios, de aquí adelante te llamo de verdad mi señor, pues que con el hazerte yo todo plazer has querido que mi honra no tomase quiebra, tomando me por muger.

Pol.—Digo que soy el dichoso en llamarte mi muger, y por tal como en rehenes te pido y tomo este abraço.

Just.—Ay, por Dios, que te baste ya: pues agora me has de querer para más de vn dia. Y dexame de quebrantar más, que sale ya mi señora. E pues no ay más tiempo agora, toma éste en señal de marido, y para otro dia que ordenares nos veamos.

Pol.—En todo me hazes merced.